

Canción de amor del diablo

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta obra, cualquiera que sea el medio empleado: electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso explícito de los titulares de los derechos.

2.ª Edición

© SARVARI, 2006

© Maghenta, S.L.  
Autovía de Madrid, Km. 315,700  
50012 Zaragoza  
Tel. 976 106 300  
Fax 976 106 301

Ilustración de portada: Marta Cambra Melús

Depósito Legal: Z-054/07  
I.S.B.N.: 84-935197-7-4

Impreso en Zaragoza, España, Marpa.

# Canción de amor del diablo

SARVARI

**maghenta**  
EDITORIAL

*A Myriam*

*“¡Cómo caíste del cielo, oh, Lucero, hijo del Alba!*

*(Isaías 14:12)*

*“Tu eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría y acabado de hermosura. En el Edén, en el huerto de Dios estuviste; de toda piedra preciosa era tu vestidura: de cornerina, topacio, jaspe, crisólito, berilo y ónice; de zafiro, carbuncllo, esmeralda y oro; los primores de tus tamboriles y flautas estuvieron preparados para ti en el día de tu creación. Fuiste ungido Querubín Grande, protector, yo te puse en el santo monte de Dios, allí estuviste, en medio de piedras de fuego te paseabas. Perfecto eras en todos tus caminos desde el día en que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad”*

*(Ezequiel 28:12-15)*

***“No forjes obras de arte, sino espadas de muerte”***

**CÓDEX SAERUS. Décimo punto satánico**

*“Cuando los grandes cañones negros apostados en la llanura tracia comenzaron a vomitar fuego contra nuestras murallas, desde la ciudad ya llevábamos varios meses contemplando, a lo lejos, sus oscuras bocas. Para cuando ese momento, tan temido pero al fin tan deseado, llegó, Constantinopla no era más que el envoltorio magnífico de lo que habían sido nuestras vidas.*

*Sitiada por tierra y por mar durante más de tres meses la ciudad era, para entonces, nada más que un conglomerado de calles vacías y gente de aspecto deprimente que vagaba desde las exhaustas casas hasta las atónitas murallas. Para ese momento tener un caballo era un lujo asiático para cualquier ojo, y los cerdos, las ovejas, los pollos y las gallinas habían sido extinguidos por nuestra ansia, por nuestro deseo de continuar vivos. Lo mismo había sucedido con la totalidad de los perros y los gatos. Se decía que el propio Emperador se estaba comiendo a sus animales de compañía.*

*Y si desesperantes eran las condiciones de vida a las que el sitio, poco a poco, nos había llevado, peor era la situación en caso de que se quisieran examinar las opciones de victoria con que contábamos.*

*La realidad era que sólo una idea nos mantenía en pie. Una esperanza a la que nos aferrábamos por más leve que fuera, una esperanza que, bien considerada, no era más que un vago camino de luz, tan lejano y tan débil como lo es una sola estrella en la inmensidad del cielo. Esta loca vanidad era el hecho de que Constantinopla nunca había sido tomada pese a que muchos ejércitos lo habían intentado a lo largo de la historia.*

*Nuestras defensas eran formidables. Al oriente nos defendía la gran cadena de bronce que cerraba el Cuerno de Oro; al occidente lo hacían las murallas ante las que esperaban los cañones, las tiendas turcas y los cien mil soldados del sultán.*

*Los tambores resonaban noche y día, creando un ritmo hipnótico y adormecedor en el calor de la primavera.*

*El loco orgullo, el que decía que Constantinopla no podría ser tomada, que no podría caer, pues nunca antes lo había hecho, jugaba en nuestra contra que no en nuestro favor. Era éste, a decir verdad, un orgullo desesperado e incluso ridículo y que se basaba en una única idea, la de que los que allí estábamos no entregaríamos a la historia una hoja de servicios tan pobre sino que moriríamos antes que ver la ciudad caída, y lo haríamos para no verla, tanto la amábamos.*

*El día que por fin los grandes cañones, cañones de muchos pies de largo y de una fuerza jamás vista hasta entonces, comenzaron a hablar yo me encontraba en mi puesto, situado sobre la doble muralla de piedra, en las almenas que debían defender la Puerta de San Román. Tal día era, no podía ser de otra forma, el 6 de abril de 1453, día de mi decimoctavo cumpleaños.*

*La fuerza de aquellos cañones era, como ya os dije, magnífica y aturdidora y los resultados que de inmediato consiguieron en la muralla, devastadores. Al poco rato de iniciada su acción ya grandes porciones de la muralla habían caído sobre el foso y sobre las casas. Toneladas de polvo y escombros viciaron el aire desde ese amanecer hasta muchos meses después.*

*Los heridos comenzaron a gritar también aquella mañana, no se detuvieron en mucho tiempo.*

*Así fue el principio del final del mundo que yo conocía, un martilleo constante hecho de grandes piedras y violentas explosiones, hecho del olor a pólvora que saturaba el aire y lo llenaba de fuego, del sentimiento sordo que vaciaba nuestros oídos y llenaba de ansiedad los corazones, del instante eternamente vacío que seguía a cada uno de los retumbares de los cañones. Recuerdo, como si fuera ayer, el instante de silencio que se apoderaba de los hombres que esperaban en la muralla cada vez que se producía un disparo. En aquellos instantes, los que pasaban hasta que llegaba al fin la piedra, yo encogía el estómago y trataba de odiar a los vecinos defensores de las puertas próximas. Imagino que todos hacían algo semejante. Odiar para que los demás tuvieran un motivo para morir mejor que el de cada uno, para que los cálculos egoístas que cada uno se hacía no llevaran aquella roca de destino incierto sobre la propia cabeza y sí sobre la de otro. Al menos eso fue lo que sucedió los primeros días. Más avanzada la primavera, conforme todos los días parecieron nada más que una puerta permanentemente abierta a una muerte que no llegaba, dejamos de pensar incluso en eso.*

*Mi puesto, como os dije, estaba situado en la doble muralla, cerca de la Puerta de San Román, pero no debéis deducir de ello que yo era soldado, pues jamás lo fui, de hecho no había disparado una ballesta ni empuñado una espada antes de que el asedio turco comenzara. El hecho es que yo formaba parte de la última reserva de Constantinopla, el cuerpo de voluntarios, de comerciantes y artesanos, a los que el Emperador había exigido que defendieran la ciudad: todo aquel que aún tuviera fuerzas para hacerlo debía, en aquellos días tristes, empuñar un arma por Constantinopla.*

*Durante los días siguientes, sistemática y minuciosamente, los cañones fueron haciendo su trabajo de demolición de la muralla y de los restos de nuestros espíritus, volcando toneladas de piedra entre el foso y el terraplén. La táctica era completada por la tarea que llevaban a cabo los soldados del sultán que se acercaban a hurtadillas, cubiertos por arqueros, y contribuían, con ramas y con árboles, a rellenar el foso, al cabo la postrera defensa de la ciudad.*

*Y si durante el día los cañones nos aturdían y el miedo era una pegajosa costra de sudor que se adhería a nuestros corazones, las noches eran inauditas.*

*Cesado el fuego, caída la noche, mientras nuestros enemigos descansaban y cenaban a la luz de las hogueras, mientras organizaban fiestas y banquetes al alcance de nuestros ojos y nuestros oídos, nosotros, sin osar siquiera encender una luz, nos deslizábamos fuera de las murallas y bajábamos al foso. En él trabajábamos noches completas en un esfuerzo ímprobo de desalojar las porciones de muralla que habían caído en su interior durante el día. Igualmente durante la noche trabajaban sin descanso las cuadrillas de albañiles ocupados en recomponer cuanto de muralla había caído cada jornada. Se vivía, se comía, se luchaba, se soñaba, se trabajaba con desesperación. La desesperación era, al final, nuestra esperanza.*

*Muchos días estuvimos así, defendiendo la muralla durante el día y recomponiendo lo destruido durante la noche, y cada vez que se ponía el sol y los turcos no habían entrado en Constantinopla era una victoria para nosotros.*

*Pero era una victoria parcial, una victoria que sólo lo era si se consideraba desde el punto de vista de nuestro loco orgullo, de nuestra desesperación absurda. Era una victoria sólo si no se quería mirar, si se miraba pero no se quería ver. Porque si es cierto que manteníamos aquel equilibrio con aquella desproporción de fuerzas, también era cierto que nosotros éramos cada vez menos, lo que dado el desequilibrio humano tenía gran importancia, y que el foso estaba cada día un poco más lleno, las murallas un poco más caídas y deterioradas y los enemigos semejabán ser más y mejor entrenados.*

*Sin nada que hiciera presagiarlo, una mañana el bombardeo de los cañones cesó. No es que cesara sino que amaneció y los cañones turcos guardaron silencio. Los más optimistas de nosotros no tardaron en hacerse eco de la secreta esperanza de todos los habitantes de Constantinopla, del milagro que, en nombre de Dios Todopoderoso, había venido a salvarnos. “Los turcos han comprendido al fin que la ciudad es inexpugnable, una vez más, los enemigos se rinden ante nuestras murallas, van a levantar el cerco”. Los más realistas, sin embargo, quedaron en una expectante calma. De hecho, el silencio que siguió a aquel amanecer fue, si cabe, más terrible que el continuo martilleo de los cañones. La expectativa nos ahogaba, el no saber qué estaba ocurriendo nos oprimía y nos impedía respirar. Todos debíamos haber interpretado aquel silencio como la calma previa a la tempestad, como el anuncio del fin definitivo.*

*Las expectativas más agoreras se cumplieron al llegar la noche. Tan pronto como fue noche cerrada, los cañones comenzaron de nuevo a acosar la muralla y los soldados del sultán volvieron a merodear bajo ella. Sin embargo, a diferencia de los demás días en que se nos concedía un descanso, esta vez los bombardeos no habían de cesar al llegar la mañana. Aquello, pese a afectar a nuestra defensa, pues no nos permitía ni rellenar el foso ni reparar la muralla, no era lo peor que había de suceder aquel día. A media mañana llegó, con el viento, una noticia increíble, impensable. Grandes voces procedentes de los correos apostados al otro lado de la ciudad anunciaron que los turcos habían penetrado finalmente en el Cuerno de Oro y bombardeaban la ciudad también desde el mar. Yo no lo quise creer, ¿cómo era posible que la gran cadena de bronce que unía Gálata y el final del Serrallo hubiera caído? Era, sencillamente, imposible. De hecho, como pude saber mucho tiempo después, lo era. La cadena no había sido violada en modo alguno, sino que las tropas del sultán, durante la noche, habían llevado los barcos a través de la colina, por detrás del barrio de Gálata y así habían desembocado detrás de las murallas y en el interior del Cuerno de Oro. Aquel fue el mazazo que terminó con nuestras pobres posibilidades de resistir. La última esperanza quedaba, al fin, marchita. La ciudad estaba perdida.*

*Pese a todo ello aún aguantamos un cierto tiempo. De dónde sacamos las fuerzas y el ánimo para continuar luchando, lo ignoro. Imagino que cada cual las sacó de un lugar diferente de la naturaleza humana, tan dispar. De la propia desesperación algunos, del ansia de vivir otros, de una mínima esperanza escondida en algún rincón alguno más. Imagino que habría incluso quienes aún esperaban un milagro en forma de intervención divina o de apoyo material por parte de nuestros aliados comerciales, los genoveses o los venecianos. Yo, personalmente, seguí luchando simplemente porque no había otra cosa que se pudiera hacer. La salida, a mis ojos, era imposible, y el cansancio y el hambre eran punzadas que se clavaban como dentelladas en mi cuerpo y en mi mente. Mi cabeza estaba tan bloqueada que no podía sino seguir haciendo lo que ya hacía. Era como si mi vida tan solo hubiera sido por siempre estar en aquellas murallas, tragando humo y polvo y sintiendo los temblores de los cañonazos cuando se clavaban bajo nuestros pies. Imagino que, de algún modo, sabía que iba a morir pero que ya no me importaba.*

*El martilleo sobre las murallas siguió desde el mar y desde tierra aún durante varios días, sin cesar. Y así llegó un día en que el foso estuvo lleno de escombros y la muralla yació*



*semiderruida por centenares de sitios. El puesto que yo había defendido cuando empezó el bombardeo ya no existía más que en los recuerdos y no era más que una masa amorfa de piedras en el interior de la cual se pudrían los cadáveres de los conciudadanos sepultados por su colapso. No era preciso ser un gran estratega para predecir que el ataque final no tardaría en llegar.*

*Fue el 29 de mayo de 1453 cuando los turcos lanzaron contra Constantinopla un ataque que había de ser definitivo para nuestra suerte. Apostado entre los cascotes de la muralla, junto a la puerta de Los Romanos, pude oír sin esfuerzo la algarabía que, al despuntar el alba, precedió al ataque. Tenía a mi disposición la ballesta y veinte virotes que disparar. Cuando los tirara todos, dependería únicamente de mi espada frente a las alabardas y los alfanjes de la infantería turca.*

*La primera carga, sin embargo, no fue de la infantería, sino de los temibles jenízaros del sultán. A mi modo de ver, quienes primero atacaron las murallas no eran sino mendigos y campesinos que, en completo desorden y con pobres armas, comenzaron a escalar por las ruinas. Ignoro si eran voluntarios o forzados pero lo cierto es que nos hicieron gastar una munición preciosa. De paso, sus cuerpos, derribados por nuestras flechas, acabaron en el foso que defendía la muralla, rellenándolo aún más y permitiendo que, sobre ellos, avanzara la infantería en el ataque decisivo.*

*Recuerdo como si lo tuviera cada día ante mí el rostro del primer jenízaro que maté aquella mañana. Sin embargo no recuerdo el rostro de ningún otro, tal vez porque estaban demasiado lejos, tal vez porque quise olvidarlos, tal vez porque ninguno de los otros supo quién había sido su asesino. Se trató de un negro inmenso tocado con un turbante azul que portaba aquel extraño escudo con plumas que semejaban alas. Mi flecha le entró, desde muy cerca, por entre las costillas, y durante el segundo previo a la muerte nuestros ojos se cruzaron. No tuve tiempo de reflexionar sobre ello, pero es cierto que todo el tiempo, entre el polvo y los gritos, entre el olor a sangre y a miedo, entre la consciencia evidente de que la defensa que manteníamos ante la puerta de los Romanos era quebrada y sobrepasada casi de inmediato por la oleada que se nos venía encima, mis ojos derramaban un río interminable de lágrimas que creaban surcos entre la porquería que bañaba mi rostro.*

*Lentamente fui gastando mis flechas hasta que no me quedó ninguna. Cuando esto sucedió estuve un tiempo, ignoro si fueron minutos u horas, mirando al vacío sin ver nada, sintiendo que me ahogaba, madurando en un miedo que me atenazaba como si me hubiera convertido en una estatua de hierro. Fue el miedo a morir, el deseo de que aquella sensación acabara, lo que me impulsó, ballesta en mano, contra un guerrero turco que finalizaba su ascensión a pocos pies de donde yo me hallaba. Lo golpeé con el mango de la ballesta y luego lo volví a golpear una y otra vez hasta que cayó. Una vez que lo hubo hecho me puse en pie y tomé mi espada.*

*Cuando la enarbolé, ya el ruido de los sables entrechocando entre sí y rebotando contra los escudos y las alabardas se oía alrededor de mí por todas partes. El primer enemigo que hube de enfrentar lo derribé sin problemas, más dada mi posición de superioridad sobre el terreno que por mi destreza con la espada, pues, como os dije, nunca fui soldado. El siguiente, un gran guerrero nubio que se incorporaba apenas tras trepar por los restos de la construcción, paró el golpe que le dirigí sin el menor esfuerzo y se irguió inmenso frente a mí. Su primer mandoble, furioso por lo injusto de mi ataque, pude pararlo a duras penas pero, a cambio, mi espada me salió despedida de las manos y voló lejos. Para rematar mi penosa actuación, al recular ante el turco tropecé en una roca suelta y caí al suelo. En el momento en que comencé a retroceder arrastrándome asustado como un conejo, otros dos jenízaros hicieron acto de presencia en lo alto de la muralla en el*

*mismo punto por el que había llegado mi acompañante. Allí, sobre la negra piedra caliente al sol de mayo que era la muralla de Constantinopla, me dispuse a morir.*

*Sin embargo aquel momento quedó suspendido a la espera de una ocasión más propicia. Un grito espantoso, un grito proferido por una garganta sin nombre, resonó a pocos pies de nosotros y se hizo el dueño del espacio que ocupábamos. Los ojos de todos quienes allí nos encontrábamos se volvieron involuntariamente para localizar su procedencia.*

*De entre el polvo de la batalla, caminando con cadencia de bailarín, surgió un ser de talla descomunal, un ser que era, al menos, una cabeza más alto que el hombre más alto que yo haya visto jamás. Aquello, de aspecto humanoide, venía caminando sobre los restos de la muralla y blandía la cimitarra más grande que nunca hubiera salido del taller de un herrero. Caminando, como digo y pese a su talla imponente, con ligereza, se interpuso entre mis enemigos y yo y emitió un ronco bufido.*

*Aquel monstruo, pues no se le podría clasificar como hombre pese a que tuviera esa forma, debía medir seis pies y medio de alto y poseía una musculatura impresionante que empujaba a los guerreros nubios que había ante mí hasta hacerlos parecer niños. La anchura de sus hombros y de su tórax era desproporcionada con su altura. En sus brazos y piernas temblaban las venas de sus enormes bíceps. Su cabeza era grande y alargada, de nariz aplastada y ancha. Su boca semejaba mismamente un pozo; la frente, ancha, raleaba de negras cerdas que caían a lo largo de toda la cabeza a modo de melena de león. Además, parecía tener también, sobre ella, unos cuernos calcáreos, como los de un cabrón. Su piel era escamosa y fría como la de una serpiente. Poseía ojos rojos, enmarcados en cejas tupidas y de inmensa negrura, que destellaban con luz propia bajo el sol. Iba enteramente desnudo y aunque inicialmente pensé que su piel era roja, no fue más que un engaño de mis sentidos, pues luego pude constatar que iba totalmente bañado en sangre, de los pies a la cabeza.*

*El ser bramó de forma espantosa, abriendo una boca de dientes negros y desiguales. Al bramar, músculos como finas cuerdas resaltaron bajo sus pómulos negros y sobre la mandíbula. Tras mirarnos un momento, dio un paso adelante y cargó contra mis enemigos, que parecían tan fascinados como yo por la aparición de aquella visión de pesadilla. El primero de ellos, el gran guerrero nubio que me había desarmado, mucho más alto y fuerte que yo, trató de defenderse pero ni tan siquiera lo consiguió. Con una violencia inimaginable aquello descargó tal golpe contra él que le cortó el brazo con el que empuñaba el arma y el cuello un momento después. El guerrero aún permaneció un instante en pie, la cabeza rodando por el suelo, el cuerpo mutilado bombeando, ignorante, sangre a presión. A continuación los otros dos turcos cargaron contra la aparición, pero esta tomó a uno de ellos en vilo con un solo brazo, como si fuera un pelele, y lo lanzó de cabeza contra la roca; y ello al tiempo que, con su arma, la que, aunque sé que nadie me creerá, manejaba con una sola mano, cortaba limpiamente la cabeza al tercero de mis oponentes. La atmósfera pareció querer explotar ante el tremendo baño de sangre que acababa de presenciar. En ese momento el ser se volvió hacia mí y me dirigió una extraña mueca que, con los años y tras revivirla en miles de pesadillas, he llegado a interpretar como una sonrisa. Una sonrisa cargada de infinito desprecio y desdén por el alivio que yo sentía por haber salvado mi vida. Luego, sin previo aviso, lanzó un nuevo golpe de cimitarra, esta vez dirigido contra mí, el cual esquivé de forma que aún no logro explicar y que partió en dos la enorme roca sobre la que mi cuerpo reposaba.*

*La suerte quiso que, después de aquello, la bestia no me prestara mayor atención en adelante y que ésta se viera atraída hacia nuevos enemigos, cualesquiera que fueran los enemigos de aquello.*

*Reemprendiendo su camino con paso majestuoso y extrañamente solemne, continuó su marcha hacia mi derecha, siguiendo por el borde de la muralla rumbo a la Puerta de*

*Adriano. Agazapado entre las piedras de la muralla lo vi librar nuevos combates. El ser no pertenecía a bando alguno, según pude apreciar con total claridad, ya que blandía su cimitarra indiferentemente contra los jenízaros del sultán o contra nuestros propios defensores. Acá ensartaba un turco, allá cortaba una cabeza cristiana. Magnífico y lleno de vigor, irrumpía en mitad de combates cuerpo a cuerpo en que dos seres humanos luchaban y porfiaban por sus vidas y, haciendo un remolino con su arma, segaba la vida de ambos sin dispensarles mayor atención que la precisa para, ocasionalmente, desenclavar su arma de un ser aún vivo que lo miraba con ojos atónitos. Las espadas, las hachas o las alabardas que se usaban contra él le hacían poco o ningún daño. A lo lejos vi cómo enfrentaba a un grupo de guerreros turcos y cristianos, que viendo la atrocidad de su actuar, se habían aliado en mitad de la batalla contra él. A todos los mató, uno tras otro, con temibles golpes y remolinos y eso que eran al menos quince contra uno, y ello pese a llevar una alabarda en el costado y una espada clavada en el vientre. Aún cuando ya lo había perdido de vista entre el tumulto de la batalla pude escuchar, a lo lejos, su grito inhumano de odio y de rabia. De triunfo.*

*He de decir que, para mí, la batalla, que no había hecho sino empezar aquella mañana, terminó en aquel preciso instante. De repente, haber sentido la muerte tan de cerca me hizo recordar las ganas de vivir que aún tenía y que parecía haber olvidado. Abandonándolo todo como un vulgar traidor, me bañé en la sangre de uno de los nubios abatidos a mis pies y lo fie todo a la suerte y a la supervivencia. Me hice el muerto y dejé que se luchara a mi alrededor y que por mi lado ascendieran innumerables guerreros turcos. Pronto no hubo, probablemente no lo hubo en ningún momento, dudas sobre el resultado final de la batalla. Ninguna defensa era posible para Constantinopla aquel día. Por ello permanecí quieto, sepultado entre un montón de cadáveres que habían sido dejados atrás. Nadie reparó en mí en las interminables horas de calor y sed en que estuve fingiendo estar muerto, pero ello no es de extrañar, pues aquel día hubo miles de cadáveres en los que reparar y yo no era sino un grano de arena en una playa infinita.*

*Cuando llegó la noche la ciudad había caído en manos de los turcos y el sultán había entrado hasta la propia Santa Sofía. A mis oídos llegaban los gritos y los ruidos que son propios de una ciudad que es entregada al saqueo. Con todo en calma, me deslicé lentamente entre los restos y los cadáveres, superé el foso, ahora anegado de muerte, y salí a campo abierto. Tras una duda sobre qué dirección seguir decidí ir hacia la costa, escondiéndome y siendo sobresaltado por cada pequeño ruido que encontraba en mi camino. Después de un rato llegué sin mayor problema a la Puerta de Oro, donde el castillo de las Siete Torres había sido casi enteramente destruido y de allí pasé a la Torre de Mármol, junto al mar, adonde llegué ya con la alborada. Me limpié la sangre con el agua salada del Mar de Mármara, me hice con una barca y, lentamente, la deslicé hacia el mar.*

*A las pocas horas me recogió un velero, uno de los pocos que habían logrado salir de Constantinopla. El velero era mandado por el almirante veneciano Andrea Gandolfi, el cual me acogió en su barco y me prestó, con los años, todo su apoyo para instalarme en Venecia y que fue, como sabéis, desde siempre mi mejor valedor, mi defensor y mi amigo.*

*Fue aquí, en Venecia, donde empecé una nueva vida, donde llegó el trabajo, el progreso, el amor y los hijos. Fue también aquí donde llegó el olvido.*

*Explicar de qué medios se valió mi mente para apartar aquellos angustiosos minutos, los más angustiosos de toda mi vida, me es imposible. Tanto más cuando el hecho es que yo no olvidé nunca lo sucedido sino que esos minutos estaban siempre conmigo y yo los veía a cada momento. Sin embargo era como si al tiempo que los estaba viendo yo fuera ciego, como si no fuera capaz de extraerles ningún significado. Y fue sin duda la incapacidad de*

*comprenderlos que me cegó durante tanto tiempo, el hecho de que tal comprensión tan sólo me llegara en forma de desasosiegos nocturnos y de pesadillas, lo que impidió que me convirtiera en un enfermo, en un borracho o en un loco.*

*Fue una bendición más que evidente, la cura contra el miedo atroz que se adivinaba detrás de aquellas pesadillas. Eso, vuestros rostros y el rostro de vuestra madre.*

*Durante muchos años, todos los que vosotros tardasteis en crecer y haceros hombres, el recuerdo se mantuvo en la misma distancia helada y fría. Sin embargo el tiempo no me hizo olvidar, al contrario, los recuerdos permanecieron y se fueron haciendo más frescos y vivos conforme los años pasaban y me acercaba a la ancianidad. Cada día que pasaba más se manifestaban, en forma de gritos, de susurros, que venían a decirme: "Asúmeme, enfréntame".*

*Yo me resistí hasta que no tuve más remedio. Cuando ya no pude más el horror entró en mi vida y todo el miedo acumulado y no sentido durante años se hizo el dueño absoluto de mi persona.*

*¿Que era aquel ser inhumano que vagaba por la muralla de Constantinopla entre el polvo y el miedo, enteramente bañado de sangre y sembrando indiferente la muerte? No puedo saberlo, pues nunca vi ni oí contar nada semejante.*

*Espero, aunque lo dudo, que las almas de los muertos por esa entidad hayan encontrado descanso, y se me encoge el corazón al pensar qué pudo hacer un monstruo como aquel durante los tres días que, con sus tres noches, duró el saqueo de la ciudad en que nací y que una vez fue mía.*

*El alma humana está llena de escondrijos que permiten guardar aun las cosas más evidentes a los seres más queridos y que más próximos están, y es por eso que vosotros desconocéis que los últimos años de mi vida no han sido sino un cúmulo de obsesiones superpuestas. Obsesión por la identidad de aquel ser, por el terror que me inspira su recuerdo, por el hecho de que su imagen permanece conmigo sin abandonarme nunca, porque fue aquel día el día que yo volví a nacer, por el hecho de que todo lo que soy, todo lo que proviene de mí, seáis vosotros o la riqueza de la que todos disfrutamos, tiene su origen en aquellos momentos tan lejanos y tan terribles.*

*La obsesión de que es a ese monstruo a quien debo todo lo que soy y todo lo que poseo.*

*Mas no debéis pensar que es la culpa lo que me hace reflexionar así, ni tampoco que me aterre la posibilidad de no ser aceptado en mi próxima morada por esto. Nada de eso es. Todo cuanto haya de suceder es irremediable, y bien sabéis en qué concepto tengo a la Iglesia y a los hombres que la representan. Lo que me atormenta es el hecho de que aquel fue el momento cumbre de mi vida, el momento que dio sentido a todas las demás cosas, el momento que permitió que naciera quien yo, Emilio de la Strada, soy.*

*Nada pedí y todo me fue concedido, y tengo la certeza de que lo acaecido aquella mañana es ajeno a la existencia de los hombres, pues no era un hombre (ni nada que pertenezca a este mundo) lo que andaba por la muralla. Y eso me lleva a la conclusión de que yo, según las normas que rigen la vida de los hombres, debí haber muerto aquella mañana. Lo que sucedió aquel día alteró el curso de la historia, de una historia humilde si se quiere, pero historia al fin, y permitió que por el mundo vagaran unos seres, vosotros, yo, que tal vez no deberían pisar la tierra.*

*Me aterra pensar de quién somos todos hijos en última instancia.*

*Siempre he procurado ser un padre justo y por ello he preferido legaros, junto con mis bienes, mis recuerdos de aquella mañana para así concederos el peso de mis temores,*

*dejandoos con ellos la opción de decidir por vosotros mismos según los remordimientos que os pueda ocasionar saber de dónde procede, en última instancia, la riqueza de que disfrutáis en la tierra. No seré yo quien os juzgue pues yo parto hacia un lugar mejor.*

*Tampoco sé si es justo que os diga esto, pero lo cierto es que la vida nos ha sido regalada y siento dentro de mí que es preferible que sepáis qué fue lo que os la regaló, pues así, tal vez, estaréis prestos a pagar el precio en el caso de que seáis requeridos para ello.*

*Y dicho todo ello, ya no me queda nada más que decir. Nada temo, mi mayor deseo, mi única preocupación, es que cuando llegue el momento final, mis últimos pensamientos sean para los rostros de las personas que amo y para los lugares que he conocido, que sean para los soles que he visto y para el recuerdo del mar que ha sido una presencia orientadora y amante durante todos y cada uno de los días de mi vida.*

*Sin embargo temo que no sea así, pues temo que ese será el precio que deberé pagar por haber vivido mi vida y que mi última visión será la de aquellos ojos rojos que me miraban desde las simas más profundas de lo ignoto, la memoria del irrespirable hedor que adquiría la atmósfera en presencia de aquel ser y el inhumano rugido de rabia e ira que subía por la muralla de Constantinopla, aterrando la llanura tracia.*

*Mi alma apenas tiene descanso, no es ya más que un tambor roto.*

*Así lo dejo escrito en Venecia, a diez de octubre del año de Nuestro Señor de mil cuatrocientos noventa y dos”.*

## PRIMERA PARTE

*“Llega como un segador, pues así sembrarás”*

CÓDEX SAERUS. Quinto punto satánico

### 1. El inicio de todo

Era octubre, era el año 1492, era Marsella. Amanecía. Durante la noche pesadas nubes cargadas de lluvia le habían dado al cielo un tono violáceo y amarillento y el viento que venía del mar había llenado de salitre todas las cosas hasta hacer sentir a los hombres pegajosos y sucios. Sin embargo, con la primera insinuación del día, el viento se había calmado, las nubes se habían deshinchado y las gentes del Viejo Puerto habían podido ver, cuando se habían asomado a las ventanas de sus casas, que les esperaba otro día diáfano y transparente.

Un día como otro cualquiera.

Como cada día, decenas de barcos debían entrar en el puerto, así que nadie prestó especial atención al *Cástor*, un armazón muy poco marinero de tres palos y grandes velas amarillentas que venía desde Cartagena cargado de alumbre y que entró por la bocana con la primera luz del amanecer. Nadie prestó atención tampoco a la tripulación, una mezcla de griegos, chipriotas, turcos, españoles y portugueses que se desparramó por el puerto y sus tabernas tan pronto como consiguió el permiso del capitán.

Fue a una taberna blanca, con un zócalo de piedra negra y un gran ventanal que se encontraba al fondo del Viejo Puerto hacia donde encaminó sus pasos el grupo más numeroso de marineros del *Cástor* y fue en la gran mesa de roble que había bajo el ventanal donde escandalosos, gruñones y vocingleros, se acomodaron. Es en esa mesa donde se da inicio a esta historia.

La presidían los inmensos griegos Nikkos y Christoforos, dos hombres fornidos, de caras endurecidas y barbas enérgicas, con la piel marcada por innumerables tatuajes; junto a ellos se sentaba Antonio, el marinero español, enjuto y patilludo, con la cara cruzada por una enorme cicatriz que le iba del ojo izquierdo a la boca; un poco más allá se acomodaba Otto, enorme, albino, bávaro y desfigurado; cerca del final de la mesa se acomodaba indolente Amín, un argelino fibroso y ágil, de mirada de acero, que estaba condenado a muerte en su país y también en el vecino Marruecos.

Junto a ellos, un poco aparte, ocupando un extremo de la mesa, enfrascado en un silencio tímido de ojos que iban de aquí hacia allá con falsa atención, se sentaba Nicolás, el grumete, un muchacho enclenque y pecoso, de unos quince años, con la piel muy pálida y el cabello rojo brillante enmarcando en un mar de rizos alborotados, la cara delgada e inocente.

Sus ojos eran oscuros y graves; su sonrisa, una encantadora mueca de niño.

Una matrona de poderosas carnes, mirada de hielo y sonrisa agria que los miró a todos como si su sola presencia en el local fuera un insulto para ella, les preguntó a gritos desde detrás de la barra, por lo que querían tomar. Los hombres gritaron que querían cerveza y al

poco oyeron a la mujer dando ordenes destempladas hacia el interior de la casa. Al poco, un chico delgado y moreno les trajo, con mucha desgana, las primeras jarras.

Habían sido los primeros clientes del día pero, poco a poco, conforme el puerto terminaba de despertarse, más marineros fueron apareciendo y al poco la mayoría de las mesas estuvieron ocupadas.

Los hombres del *Cástor* hablaban a voces; lo hacía Felipe, un portugués de gran mandíbula y voz de trueno que era un fugitivo de galeras; lo hacía también Alexandros, otro de los griegos, un hombre joven que había tenido que exiliarse de su patria después de asesinar a sus padres un día que había vuelto demasiado borracho a casa. Se gritaba igualmente desde las otras mesas.

Sólo había una persona en toda la taberna que no gritaba, de hecho no había dicho ni una sola palabra desde que había entrado. Nadie lo había notado en cualquier caso.

Nicolás, el grumete, guardaba silencio. En su cara había una expresión extraña. Estaba turbado, sentía una asfixia cálida, una vaga sensación de derrota y abandono. De lujuria. Nadie notó nada extraño ni reparó verdaderamente en él cuando se incorporó un poco en su asiento para tratar de establecer la causa de aquello.

Se trataba de un aroma, de una emanación dulzona que ascendía lentamente por sus fosas nasales; un aroma de canela virgen, de flores marchitas, como si mil floristas locos hubieran tirado su mercancía más valiosa al otro lado de la puerta. A Nicolás le pareció que el azahar peleaba con las rosas y las madre selvas, con el laurel y los galanes de noche. Era violento, era sensual, era lánguido. Aturdía.

Del otro lado de la puerta que daba a las cocinas llegaron voces, voces que indicaban que la matrona estaba ejerciendo de tal y dictando severas ordenes a sus fámulos. Un momento después, con las palabras aún flotando en el aire, la puerta se abrió y emergieron por primera vez dos muchachas portando jarras de cerveza. Una, cabellos negros y ojos del mismo color donde habitaba todavía el sueño, era una niña aún, tal y como lo proclamaban las caderas estrechas y el pecho plano. La otra, Nicolás lo supo nada más verla, era la dueña del aroma que tanto le había turbado.

Semejaba ser una adolescente de quince o dieciséis años y poseía, bajo una larga cabellera pelirroja de cabello rabiosamente ensortijado, una tez pálida y cremosa, con algunas pequeñas pecas que la adolescencia aún no había logrado borrar de la cara ovalada. Su talle se adivinaba esbelto y exuberante y era portadora de unos ojos intensamente verdes que mezclaban la luz. Al mirarla Nicolás sintió que todo en ella era extrañamente salvaje, que desprendía un aura de sensualidad y peligro, de reto, de absoluto control de sus emociones y, al mismo tiempo, de magia, de embrujo, de promesas a medio cumplir en la selva tupida de esmeraldas que eran sus ojos.

El conjunto de sensaciones que envolvieron los sentidos del grumete cuando tuvo a la muchacha ante sí, hicieron que su corazón se encogiera con una angustia fría, con una necesidad absoluta. Sin poder remediarlo, ni querer, quedó prisionero en aquellos ojos.

La belleza de la joven, en cualquier caso, al igual que no pasó desapercibida para el grumete tampoco lo hizo para los demás marineros del *Cástor*. Y así, mientras este ensoñaba, desconcertado aún por los sentimientos que experimentaba y que tan extraños le resultaban, hubo de soportar la primera andanada de comentarios soeces que los marineros dedicaron a la joven que se movía, indiferente a todo entre las mesas. Poco después, una vez que se hubo admirado con la gracia infinita de sus movimientos y escuchado por primera vez su voz, dulcemente ronca, tuvo ocasión también de apreciar su carácter.

Sucedió que una jarra de vino que había sobre una mesa próxima cayó al suelo, cerca del lugar donde se encontraba la muchacha y, al inclinarse para recogerla, Antonio, el español, aprovechó

para tomarla de la cintura y sentarla sobre sus rodillas, entre las chanzas y las risas de los demás marineros. El marino incluso se había permitido acercar sus labios al cuello inmaculado de la joven. Todo acabó tan deprisa como había empezado pues un fuerte golpe resonó en la sala, calmó todas las risas y desvió las miradas hacia su fuente de procedencia. La matrona de grandes carnes y ojos de hielo blandía amenazadora un enorme bastón con el que había golpeado sobre la barra.

En el breve silencio que indicaba que volvía la calma, el marinero soltó a la joven e hizo un guiño de chanza en dirección a sus compañeros de barco y mesa. Sin embargo, la mirada, profunda y densa, de desprecio, que le dirigió la muchacha directamente a los ojos, le hizo sonrojar hasta la raíz del pelo e incluso llegar a balbucear una extraña e irrepetible disculpa.

En tal momento, aunque nadie lo percibió, se fundieron dos miradas a un tiempo en el joven grumete. Una fue de admiración y respeto hacia aquella jovencita que no había gritado ni hecho el menor aspaviento ante el acoso sufrido y además había puesto al rufián en su sitio con una simple mirada. La otra, cargada de inmenso desprecio y de severa advertencia, se dirigía hacia aquel que había osado poner las manos encima de la muchacha. Ambas miradas eran especialmente intensas y hermosas, cada una a su manera. La primera, brillante, estaba compuesta de amor y respeto; la segunda, oscura, se vestía de odio.

El resto del tiempo que los marineros del *Cástor* estuvieron en la taberna no sucedió nada digno de ser reseñado, salvo que la muchacha notó que en el grupo había un extraño muchacho de apenas su edad. “Parece un niño, ¿qué hace con éstos?”, pensó. Por supuesto también sorprendió al muchacho mirándola con fijeza e incluso notó que a diferencia de otras muchas que estaba acostumbrada a recibir, la mirada del joven reflejaba un extraño respeto. Y sucedió que, como le cayera simpático, una de las veces que el muchacho la miraba ella le dedicó una pequeña sonrisa. Este hecho pareció sorprender bastante al chico, puesto que parpadeó ostensiblemente y tardó varios segundos en responder a su gesto.

El rato siguiente, todo el que transcurrió hasta que con el mediodía, los tripulantes del *Cástor* abandonaran la taberna, fue posible ver al grumete sumido en hondas reflexiones. Los ojos grises se convirtieron en dos simas insondables, el rictus de su cara se volvió incluso severo y su aislamiento respecto de todo cuanto le rodeaba se hizo más patente que nunca.

Cualquiera que se hubiera fijado en él hubiera dicho que dudaba, y que era la suya una duda muy profunda, como si aquello sobre lo que debiera decidir pudiera tener graves consecuencias.

Fueron aquellos ojos hechiceros que se volvieron a encontrar con él cuando ya se levantaba de la mesa para abandonar la taberna, lo que decidieron todo. Lo hicieron hasta el punto de que cuando Nicolás salió por la puerta y volvió a pisar el empedrado del puerto que batía el sol, nada era ya como había sido antes.

En ese momento, muy lejos de allí, en Egipto, en el desierto de Rylland, violentas convulsiones agitaban la puerta del Ténaro y las densas nubes de azufre que lo solían cubrir se veían incrementadas por nuevos vapores oscuros e irrespirables que se elevaban hacia el cielo.

Del mismo modo la hermosa muchacha había quedado señalada para siempre. Señalada por una marca poderosa e imborrable, una que la sacaba del río del tiempo y la dejaba eterna e inmortalmente suspendida en su lozanía y su belleza. Una marca que al mismo tiempo, la convertía en un monstruo, una aberración, una muñeca. Y es que el pliegue que había entre sus piernas se estaba cerrando irremediamente. Lo estaba haciendo como se cura la carne cuando sana una herida. A media tarde estaba por completo cerrado y presentaba un aspecto liso e inmaculado, cual pudiera presentar la piel de un muslo o un brazo.

También quedó fijado el destino de Antonio, el marinero español que había osado mancillar a la joven, moriría aquella misma tarde, su muerte sería cruel y dolorosa.

Y es que Nicolás era muy poderoso.